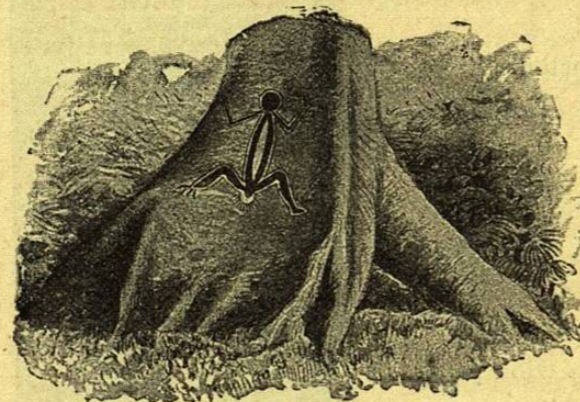


históricos de la gruta del Mas d'Azil, sucediendo inmediatamente á la edad del reno, serían una especie de jeroglíficos; son en su mayor parte bandas y círculos de color rojo, que parecen haber indicado nombres y representaban también hechos é ideas<sup>1</sup>.

Del mismo modo, las inscripciones grabadas sobre las rocas del valle del Infierno y del valle de Fontanalba, inscripciones que habían valido



COMO LOS INDÍGENAS DE NEU-LAUENBURG  
(ARCHIPIÉLAGO BISMARCK, MELANESIA ALEMANA)  
REPRESENTAN LOS FANTASMAS

Según una fotografía.

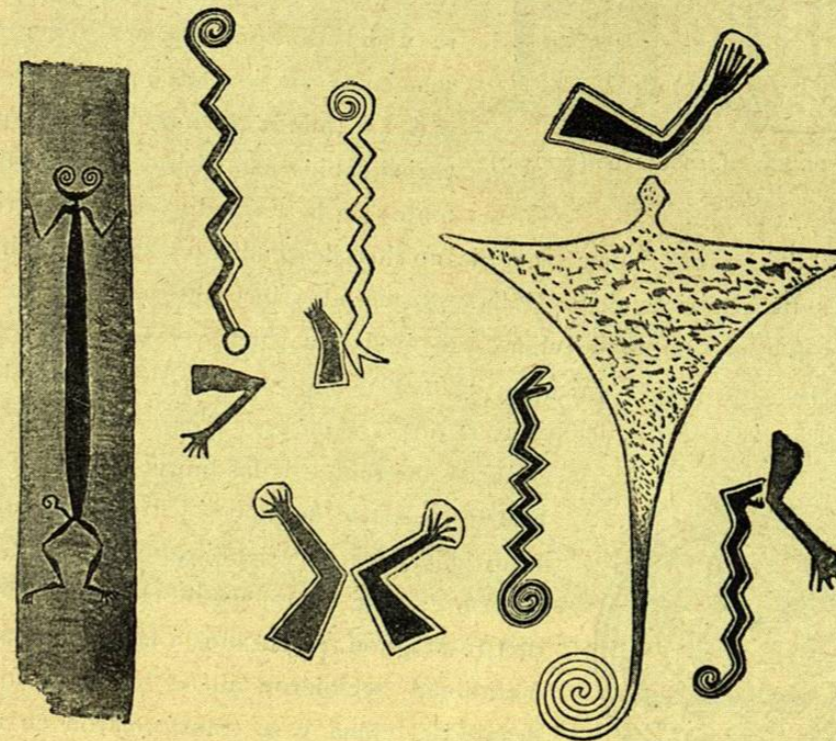
á unos lagos vecinos el nombre de «lagos de las Maravillas», no han dejado la menor duda en los que las han descifrado: las imágenes grabadas, que representaban instrumentos, animales, trabajos de agricultura y que atestiguan las costumbres pacíficas de aquella antigua población de las montañas, no constituyen solamente un conjunto artístico interesantísimo, ha de verse también en ellas una especie de escritura simbólica<sup>2</sup>. Como lo hace notar muy justamente von Ihering<sup>3</sup>, la escritura nació con la propiedad del ganado. Las marcas de color sobre la piel del buey vivo fueron los primeros signos de escritura, y las primeras tablillas de escribir se paseaban vivas por la pradera. La aplicación de la marca sobre la piel del buey viviente condujo al empleo de la piel del buey muerto para inscribir en ella hechos que se tenía empeño en recordar. El cuero se revistió de documentos escriturales: en él se consignaron los tratados entre las naciones y se escribieron leyes. De esos groseros materiales, que sirvieron á los primeros Judíos y á los primeros Romanos, nació después el uso del pergamino entre los letrados de Pergamo.

<sup>1</sup> Ed. Piette, *Bull. de la Soc. d'Anthropologie de Paris*, sesión de 18 de abril 1895.

<sup>2</sup> Arturo Issel, *Le Rupi scolpite nelle alte Valli delle Alpi Marítime*, pág. 242.

<sup>3</sup> *Des Indo-Européens avant l'Histoire*, trad. por O. de Meulenaere, pág. 29 y siguientes.

Indirectamente, las obras de arte dejadas por nuestros antepasados de la prehistoria han contribuido también á hacernos conocer algunos rasgos de la civilización durante aquellas edades lejanas. En ellas puede aprenderse vagamente cuáles eran los tipos físicos de los personajes puestos en escena; puede tratarse de clasificarlos según sus tipos y referirlos á tal ó cual de las razas convencionalmente designadas como los elementos distintos del género humano. De ese modo, durante el primer período «glíptico», en los tiempos en que numerosos elefantes reco-



DIBUJOS Y PINTURAS PRIMITIVAS DE NEU-LAUENBURG  
(ARCHIPIÉLAGO BISMARCK MELANESIA ALEMANA)

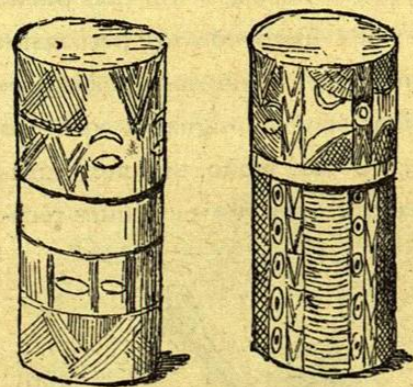
De una fotografía.

rrían los verdes campos, la orilla de los lagos y de los ríos y hasta los altos valles que acababan de abandonar los hielos, derretidos por el tibio soplo del Mediodía, los artistas cincelaban el marfil con figuras de mujer, que en su mayor parte eran velludas y presentaban caracteres esteatopí-gicos como las «Venus hotentotes».

En época posterior, las poblaciones de los tiempos magdalenianos



presentaban un tipo más aproximado al de los habitantes actuales<sup>1</sup>; pero sus esculturas, muy groseras é incompletas, no pueden suministrar indi-



CAJAS DE MARFIL ESCULPIDO (OGOWÉ)  
Congo francés

caciones muy precisas, y muchos antropólogos hacen sus reservas acerca de esas tentativas de identificación entre las razas prehistóricas y las razas actuales. Juzgando sólo por su industria y el género de existencia que revela, los «Magdalenianos» del Veze-

re y del Dordoña parecen tener tal semejanza con los Lapones ó Esquimales ó Inuits de nuestros días, que varios sabios han visto en esos habitantes de la Escandinavia septentrional y del «Gran Norte» americano los descendientes de las poblaciones prehistóricas de la Galia. Rechazados incesantemente hacia el Norte por el cambio de clima que fundía los hielos y las nieves, los Magdalenianos, resto único de naciones en otro tiempo considerables, seguirían á los renos hacia las regiones polares, cuyos contornos geográficos, diferentes de las líneas actuales, facilitaban el paso de uno á otro continente. Ludwig Wilsen, el célebre autor de los *Germanen*, expone como, según él, los hombres de Cro-Magnon, rechazados á la Escandinavia meridional, recibieron allí el bautismo fortificante del clima y se transformaron en una raza esencialmente privilegiada, la de los Arios, que después han civilizado el mundo<sup>2</sup>.



CONCHA DE LAS ISLAS  
SALOMÓN

en que están esculpidos ornamentos que representan una cara: los ojos están formados por dos aves y los dientes por sus alas.

El estudio de los antiguos marfiles permite también darse cuenta de cuáles eran la caza del primitivo y sus asociados entre todos los animales que esculpió ó grabó el sílex de los artistas. Así se sabe que en la época de Solutré, todavía durante el período paleolítico ó de la piedra tosca, el caballo estaba domesti-

<sup>1</sup> Ed. Piette, *Bull. de la Soc. d'Anthr.*, sesión de 3 de mayo 1894.

<sup>2</sup> *Globus*, 13 abril 1905.

cado, á lo menos para aprovechar su carne, puesto que se le representa con su cabestro, primero en escultura, en bajo relieve, después en rasgos grabados.

Después, en la época cervidiana, cuando el clima se hizo más húmedo y la duración de las nieves obligó á dejar el caballo, se domesticó el



UNA CHOZA DECORADA EN EL LUGAR DE APATOE (INDIA NEERLANDESA)

De una fotografía holandesa.

reno. Por último, cuando las lluvias sucedieron á las nieves, los aborígenes aprendieron á domesticar una especie de buey, revestido de una cubierta ó ceñido de una amplia cincha<sup>1</sup>.

Junto á la pintura propiamente dicha, que representaba personajes y objetos de la naturaleza circundante, los primitivos practicaban también la simple decoración por medio de figuras diversas, de colores de matices sencillos, de líneas rectas ó curvas, sencillas ó entrecruzadas. A este respecto se observa entre las tribus un desarrollo artístico mayor ó

<sup>1</sup> E. Piette, memoria citada.



menor según el número de las formas de ornamentación que han sabido descubrir. Los australianos primitivos no se habían elevado hasta el conocimiento de la espira ó de la greca<sup>1</sup>; los negros no influídos por los musulmanes ignoran también las espiras y las volutas, en tanto que los polinesios y los americanos, aun aquellos que por la civilización general son muy inferiores á los africanos, poseen un arte ornamental de una evolución muy avanzada; los salvajes de la Guyana y del Amazonas conocen la espira y la greca, les agradan las figuras poligonas, saben entrelazar las formas, ocultarlas, inscribir las unas en las otras de una manera muy compleja. Por medio de la alternancia y del doble plano de simetría, obtienen dibujos que agradan tanto á la vista como el arte árabe<sup>2</sup>. Como hubiera podido citarse de antemano, la gran variedad de las formas exteriores en el mundo de las plantas, de las aves y de las conchas contribuye singularmente á desarrollar el gusto artístico de los indígenas. Los Papuas de la Nueva Guinea, bañados en el medio de la más suntuosa naturaleza, saben adornar maravillosamente sus instrumentos y sus cabañas de modo que apasionan á los antropólogos<sup>3</sup>.

En la época magdaleniana, la que los prehistoriadores citan más frecuentemente por sus producciones de arte, los elementos geométricos de la ornamentación son todavía muy rudos: los grandes progresos comienzan á manifestarse con la época del bronce.

Entre los instrumentos que se encuentran en las excavaciones de las residencias primitivas y que subsisten todavía entre los pueblos atrasados, hay varios que se destinan á alegrar los ocios con la música, acompañada del ritmo de los movimientos corporales y de los pasos, pero en las grutas no se ha encontrado más que un solo instrumento musical propiamente dicho, el silbato<sup>4</sup>. Buscando los orígenes de este arte, hemos de remontarnos al mundo de las aves, en que algunas se hallan maravillosamente dotadas para el canto, y en el que varios géneros á lo menos, entre otras diversas especies de grullas, practican muy graciosamente la

<sup>1</sup> Brough Smith;—F. Regnault, *Bull. de la Soc. d'Anthropologie*, feb. VI, pág. 536.

<sup>2</sup> F. Regnault, memoria citada, pág. 540.

<sup>3</sup> De Clercq, *Ethnographie de la Nouvelle-Guinée hollandaise*.

<sup>4</sup> Ch. Letourneau, *Evolution littéraire*, pág. 308.



MÚSICOS DE BA GOBO

De una fotografía.

danza. Sabemos que muchos animales son muy sensibles á la música bajo sus diversas formas, aun como simple medida, y que más de un prisionero ha podido de ese modo encantar arañas, ratas y otros compañeros de cautiverio. Por las dulces modulaciones de la voz, del silbido y los instrumentos de viento, el hombre atrae las serpientes y las hace balancearse rítmicamente sobre la cola. La ruidosa música militar arrastra consigo los caballos, y, según los Mongoles un violinista que saca de su instrumento sonidos lastimosos, hace correr lágrimas por los ojos del camello<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> James Gilmour, *Mongolia*.



No hay leyenda más verdadera que la de Orfeo, cuya lira hace salir las fieras de sus madrigueras, las cambia en fraternales compañeras del hombre y llega hasta dar vida durmiente á la piedra para transformar los peñascos en murallas que por sí mismas se yuxtaponen y se erigen en ciudades. Orfeo es una personificación perfecta del arte en las edades prehistóricas, y podemos afirmar con toda certidumbre que su lira ha hecho más para el progreso humano que la maza de Hércules. No sabemos lo que resta de aquellas lejanas épocas, pero no puede dudarse que los aires silbados por el campesino que lleva el ganado al abrevadero y la mayor parte de los ritmos campestres á que se adaptan nuevas palabras de siglo en siglo y de país en país son una herencia de los tiempos anteriores á la historia. ¿Y qué son los cantos sino los moderadores de las pasiones, los ordenadores de la vida diaria y los reguladores del pensamiento y de la acción? Con la danza, la pantomima y los cuentos de formas tradicionales, los cantos fueron en todas partes el principio de la literatura; por ellos se inició la humanidad en las artes.

Desde las primeras edades, la música, cuyos progresos han sido tan portentosos en la expresión de los sentimientos y en la evocación del ideal humano, ha perdido mucho, sin embargo, como auxiliar del trabajo en todas las ocupaciones ordenadas de la vida, y apenas si todavía se canta aquí ó allá para algunos trabajos de fuerza, como la virada del cabrestante á bordo de los grandes barcos, ó el amasado del pan en algunas tahonas de provincias; casi en todas partes, el ritmo de los pistones, de las bielas y de las ruedas ha reemplazado al canto del hombre y al sonido de la flauta ó del violín. La mujer no canta ya haciendo girar el huso, el ruido de las máquinas cubriría ahora su voz en el estruendo de la filatura. Antiguamente se acompañaban las operaciones dolorosas con una cantinela que adormecía el sufrimiento: el taraceo, la circuncisión y la infibulación hacían sufrir menos al paciente por la dulce cadencia de las voces<sup>1</sup>, y, durante las ceremonias fúnebres, ascendían y descendían alternativamente los lamentos rítmicos de las plañideras; elevándose y bajando sucesivamente, mecían y calmaban la desesperación ó la amargura del duelo. Frecuentemente la música no servía sino para adormecer el pensamiento, para cambiar el estado consciente del

<sup>1</sup> Karl Bücher, *Arbeit und Rythmus*.

hombre en una vaga inconsciencia, dejando solamente la agradable impresión de vivir: así es como el negro toca su tam-tam ó su marimba. El indígena se comunicaba también con sus amigos lejanos; se entretenía con ellos, sabiendo que el golpe de su tambor era comprendido á lo lejos por un compañero ó por su amada<sup>1</sup>.

Cuando los misioneros jesuitas, profundos conocedores del corazón humano, subían ó bajaban por las márgenes de los ríos de América, cantaban constantemente, á la cadencia de los remeros, sus más vehementes y armoniosos himnos, esperando que los indios, ocultos en las espesuras de la orilla, serían sensibles al encanto de sus voces: la obra de conversión que dió por resultado la fundación de la comunidad teocrática del Paraguay, comenzó por cantos cuyo eco repercutía de playa en playa por las soledades fluviales. Desde aquella época, no pocos viajeros, á quienes sus armas perfeccionadas no hubiesen salvado, han debido la vida á su caja de música, á su acordeón y hasta á una simple trompeta<sup>2</sup>.

Wo man singt, da lass dich ruhig nieder  
Böse Menschen haben keine Lieder<sup>3</sup>.

Cuando los negros esclavos, que hablaban los idiomas más diversos, hubieron sido transportados á las plantaciones americanas, desde todas las comarcas de Africa, pronto perdieron el uso de los acentos maternos y aun entre ellos se vieron obligados á emplear la lengua de sus amos; por lo mismo se encontraron sin voz en sus relaciones con los indígenas del Nuevo Mundo en los lugares donde éstos no habían sido exterminados por completo. El odio, hasta el horror, separaron á los representantes de las dos razas, negra y roja: entre oprimidos nacen fácilmente los rencores; agrada vengarse de los ultrajes del poderoso sobre el compañero de sufrimiento. No obstante, en diversas comarcas de América se hizo una reconciliación inconsciente entre las dos razas, gracias á la música. A pesar de la aversión de hombre á hombre, los instrumentos africanos se esparcieron en medio de las selvas primitivas;

<sup>1</sup> E. de Habich, *Vías del Pacífico al Marañón*.

<sup>2</sup> Jacques Arago, *Voyages d'un aveugle autour du monde*.

<sup>3</sup> Adaptación popular de un poema de Seume, 1804: «Detente sin miedo donde te acojan cantares. Al unisono de las voces no hay malhechores».